

WILLIAM CHAMBERS.**SOBRE EL ARTE DE TRAZAR LOS JARDINES ENTRE LOS CHINOS.**

Miguel Angel Aníbarro

El texto que aquí se presenta es el último capítulo de Designs of Chinese Buildings, Furniture, Dresses, Machines and Utensils, libro publicado por el arquitecto William Chambers en 1757 (ed. fac. Arno Press, Nueva York, 1980). Chambers viajó dos veces, al parecer a China; pero su objetivo en este escrito no es tanto -a pesar de su título- describir el jardín chino como exponer algunas ideas que permitieran dar al jardín paisajista inglés una mayor variedad que la lograda en los jardines del momento. Con él se inicia una polémica, progresivamente centrada en la obras de Capability Brown, cuyos ecos resuenan en los escritos de Horace Walpole y William Mason, y que para Chambers culminará con la publicación, quince años después de A Dissertation on Oriental Gardening, donde argumenta y amplía sus opiniones, y con la burlesca respuesta de Mason en su Heroic Epistle de 1773.

La traducción ha sido realizada por Marta Heras Aznar y revisada por quien suscribe.

Los jardines que vi en la China eran muy pequeños; no obstante de ellos, y de lo que se puede recoger de Lepqua, un célebre pintor chino, con el que mantuve varias conversaciones sobre asuntos de jardinería, creo haber adquirido conocimiento bastante sobre sus ideas en este particular.

Es su modelo la naturaleza, y su finalidad la de imitarla en todas

sus hermosas irregularidades. Su primera consideración es la forma del terreno, si es llano, inclinado, ondulado o montañoso, amplio o de pequeña extensión, de naturaleza seca o pantanosa, con abundancia de ríos y manantiales o expuesto a la escasez de agua; a todas estas circunstancias atienden con gran cuidado, prefiriendo aquellas disposiciones que se amoldan al terreno, pueden ejecutarse

WILLIAM CHAMBERS

con el menor gasto, ocultan sus defectos y ponen de manifiesto sus ventajas de manera más notoria.

Como los chinos no son aficionados a pasear, rara vez encontramos avenidas o paseos espaciosos como en nuestros jardines europeos: todo el terreno está dispuesto en una variedad de escenas, y por medio de pasajes sinuosos abiertos en las arboledas, os llevan a los diferentes puntos de vista, cada uno de los cuales está marcado con un mirador, un edificio o algún otro objeto.

La perfección de sus jardines la constituyen el número, la belleza y la diversidad de estas escenas. Los jardineros chinos, al igual que los pintores europeos, toman los objetos más placenteros de la naturaleza y procuran combinarlos de tal modo que no sólo se presenten de la manera más ventajosa por separado, sino que asimismo formen un conjunto elegante y sorprendente.

Sus artistas distinguen tres especies diferentes de escenas, a las que dan el nombre de placentera, horrible y encantada. Sus escenas encantadas se corresponden en gran medida con las que nosotros llamamos románticas, y en ellas se sirven de diversos artificios para mover a sorpresa. En ocasiones hacen que una corriente rápida, o torrente, pase por debajo del suelo, y su ruido turbulento sorprende el oído del que allí se acerca, que no acierta a dar con el lugar del que procede; en otras ocasiones disponen las rocas, edificios y otros objetos que forman la composición de tal manera que el viento que atraviesa los diferentes intersticios y cavidades, en ellos practicadas con este propósito, produce sonidos extraños y poco frecuentes. Introducen en estas escenas toda suerte de árboles, plantas y flores extraordinarios, forman ecos artificiales y complicados y dejan en libertad distintas clases de pájaros y animales monstruosos.



En sus escenas de horror introducen rocas amenazadoras, cavernas oscuras y cataratas impetuosas que se precipitan montaña abajo desde todos los lados; los árboles son deformes, y parecen despedazados por la violencia de las tempestades; algunos están caídos e interrumpen el curso de los torrentes, apareciendo como si hubieran sido derribados por la furia de las aguas; otros parecen como quebrantados y quemados por la fuerza del rayo; las edificaciones están algunas en ruinas, otras consumidas a medias por el fuego y algunas cabañas miserables dispersas por las montañas sirven al tiempo para señalar la existencia y la miseria de sus habitantes. Estas escenas generalmente vienen seguidas por otras placenteras. Los artistas chinos, sabedores de lo poderosamente que actúa el contraste sobre la mente, practican continuamente súbitas transiciones y una notable oposición de formas, colores y luces. De este modo os conducen de perspectivas limitadas a amplias vistas; de objetos horriblos a deleitosas escenas; de lagos y ríos a llanuras, colinas y bosques; a los colores oscuros y tenebrosos les oponen aquéllos más deslumbrantes, y a las formas complicadas las simples

WILLIAM CHAMBERS



distribuyendo por medio de una juiciosa disposición las diferentes masas de luz y sombra, de tal manera que hacen la composición a un tiempo distinta en sus partes e impresionante en el conjunto.

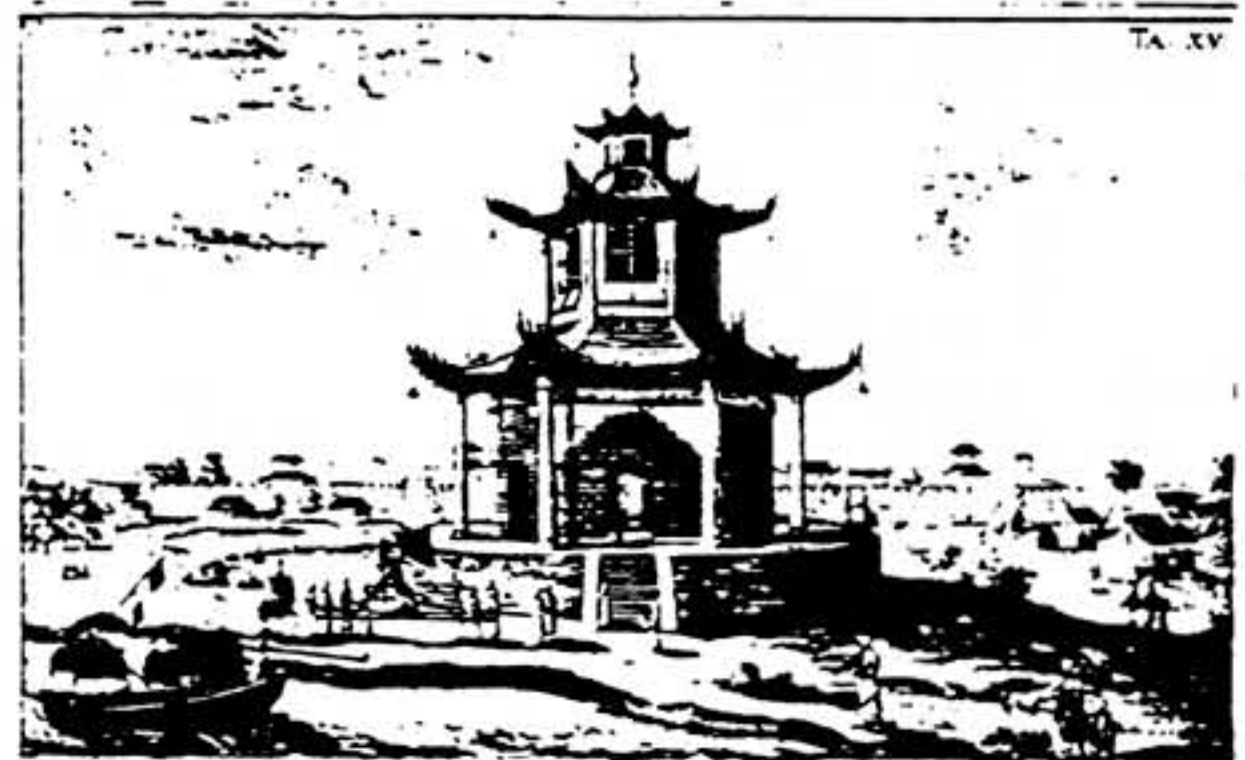
Allí donde el terreno es extenso y han de introducirse una multiplicidad de escenas, por lo general adaptan cada una de ellas a un solo punto de vista; pero allí donde está limitado y no permite tanta variedad, procuran poner remedio a este defecto disponiendo los objetos de tal manera que, al ser contemplados desde diferentes puntos, produzcan representaciones diferentes; y en ocasiones mediante una ingeniosa disposición, de tal modo que no guardan parecido entre ellas.

En sus jardines grandes conciben escenas diferentes para la mañana, el mediodía y la tarde; levantando, en los puntos de vista más convenientes, edificaciones adaptadas a los esparcimientos de cada hora del día en particular; y en los pequeños (en los que, como se ha observado, una sola disposición produce muchas representaciones), disponen del mismo modo, en los diversos puntos de vista edificios que, por medio de su uso, marcan la hora del día para disfrutar de la escena en su mayor perfección.

Al ser el clima en China excesivamente cálido, emplean una gran cantidad de agua en sus jardines. En los pequeños, de permitirlo el emplazamiento, con frecuencia dejan casi todo el terreno bajo las aguas, de-

jando sólo algunas islas y rocas; y en los grandes introducen extensos lagos, ríos y canales. Las riberas de sus lagos y ríos se diversifican a imitación de la naturaleza, siendo en ocasiones desnudas y llenas de grava, y en otras cubiertas por bosques hasta la misma orilla del agua. En algunos lugares, llanas y adornadas con flores y arbustos; en otros escarpadas, rocosas y formando cavernas en las que se descargan parte de las aguas con gran ruido y violencia. En ocasiones se ven prados llenos de ganado, o campos de arroz que desembocan en los lagos, dejando entre ellos canales para las embarcaciones; y en ocasiones arboledas en las que entran en diferentes partes arroyos y riachuelos, lo bastante profundos para dar cabida a las barcas; en sus riberas hay plantados árboles, cuyas ramas extendidas forman, en algunos lugares, galerías bajo las que pasan las barcas. Estas conducen por lo general a algún objeto de gran interés, como un magnífico edificio, lugares en la cima de una montaña cortados en terrazas, un pabellón situado en medio de un lago, una cascada, una gruta excavada en una variedad de aposentos, una roca artificial y muchas otras invenciones similares.

Sus ríos rara vez son rectos, sino serpenteantes y rotos en muchos puntos irregulares; en ocasiones son estrechos, ruidosos y rápidos; otras veces son profundos, anchos y lentos. Tanto en sus ríos como



WILLIAM CHAMBERS

en los lagos se ven juncos, con otras plantas y flores acuáticas; en particular el *Lyen Hoa*, por el que sienten mucha inclinación. Con frecuencia levantan molinos y otras máquinas hidráulicas, cuyos movimientos animan la escena; tienen también un gran número de embarcaciones de diferentes formas y tamaños. Sus lagos están sembrados de islas, algunas áridas y rodeadas de rocas y bajíos; otras enriquecidas con todas las cosas que de más perfecto pueden proporcionar el arte y la naturaleza. Del mismo modo forman rocas artificiales; y en las composiciones de esta índole los chinos aventajan a todas las demás naciones. El arte de hacerlas es una profesión por sí sola; y hay en Cantón, y probablemente en la mayoría de las demás ciudades de la China, gran número de artífices continuamente dedicados a esta tarea. La piedra de la que están hechas procede de las costas del sur de China. Tiene un tinte azulado, y está desgastada en formas irregulares por la acción de las olas. Los chinos son extremadamente minuciosos en la elección de esta piedra; hasta tal punto que he visto cómo daban varios Tael por un fragmento no más grande que el puño de un hombre cuando resultaba tener una forma hermosa y un color vivo. Pero estos pedazos escogidos los utilizan en paisajes para sus aposentos; para sus jardines utilizan un género más basto, que unen con un cemento azulino, y forman rocas de un tamaño considerable. He visto algunas de éstas de una delicadeza exquisita, y que revelan una elegancia de gusto poco común en su autor. Cuando son grandes hacen en ellas cavernas y grutas, con aberturas a través de las cuales se descubren panoramas lejanos. Las cubren en diferentes lugares con árboles, matorrales, zarzas y musgo situando en sus cimas pequeños templos u otros edificios, a los que se asciende por escarpados e irregulares escalones labrados en la roca.

Quando hay una provisión de agua suficiente y un terreno adecuado, los chinos nunca dejan de formar

cascadas en sus jardines. En estas obras evitan toda regularidad, observando como se acuerdan las obras de la naturaleza en esa montañosa región. Las aguas brotan raudas de entre las cavernas y sinuosidades de las rocas. En algunos lugares surge una impetuosa catarata de gran tamaño; en otros se ven muchos saltos de agua más pequeños. En ocasiones la vista de la cascada está interceptada por los árboles, cuyas hojas y ramas sólo dejan espacio para vislumbrar las aguas, en algunos lugares, al caer por las laderas de la montaña. Con frecuencia tienden toscos puentes de madera de una roca a otra, sobre la parte más escarpada de la catarata; y a menudo interceptan su paso por medio de árboles y montones de piedras, que parecen haber sido arrastrados allí por la violencia del torrente.

En sus plantaciones varían las formas y los colores de los árboles, mezclando aquéllos de ramas grandes y extendidas con los de figura piramidal, y los verdes oscuros con otros más brillantes, interponiendo entre ellos los que producen flor, de los cuales tienen algunos que florecen durante una gran parte del año. El sauce llorón es uno de sus árboles favoritos, y siempre se encuentra entre aquellos que bordean sus lagos y ríos, plantado de tal modo que sus ramas cuelguen sobre el agua. De modo similar introducen troncos de árboles secos, a veces erguidos, y otras veces caídos sobre el suelo, y son de formas muy hermosas, así como el color de la corteza y del musgo sobre ellos.

Varios son los artificios de los que se valen para sorprender. En ocasiones os conducen por entre oscuras cavernas y sombríos pasajes, a cuya salida nos sorprende de súbito la visión de un paisaje delicioso, enriquecido con todas las cosas que de más hermoso proporciona esa lujuriente naturaleza. En otras ocasiones os conducen a través de avenidas y paseos, que disminuyen gradualmente y

WILLIAM CHAMBERS

se van haciendo más escarpados, hasta que por último el paso queda completamente interrumpido y se hace impracticable mediante arbustos, zarzas y piedras; cuando inesperadamente una rica y extensa perspectiva se abre ante nuestros ojos, tanto más placentera cuanto que es poco esperada.

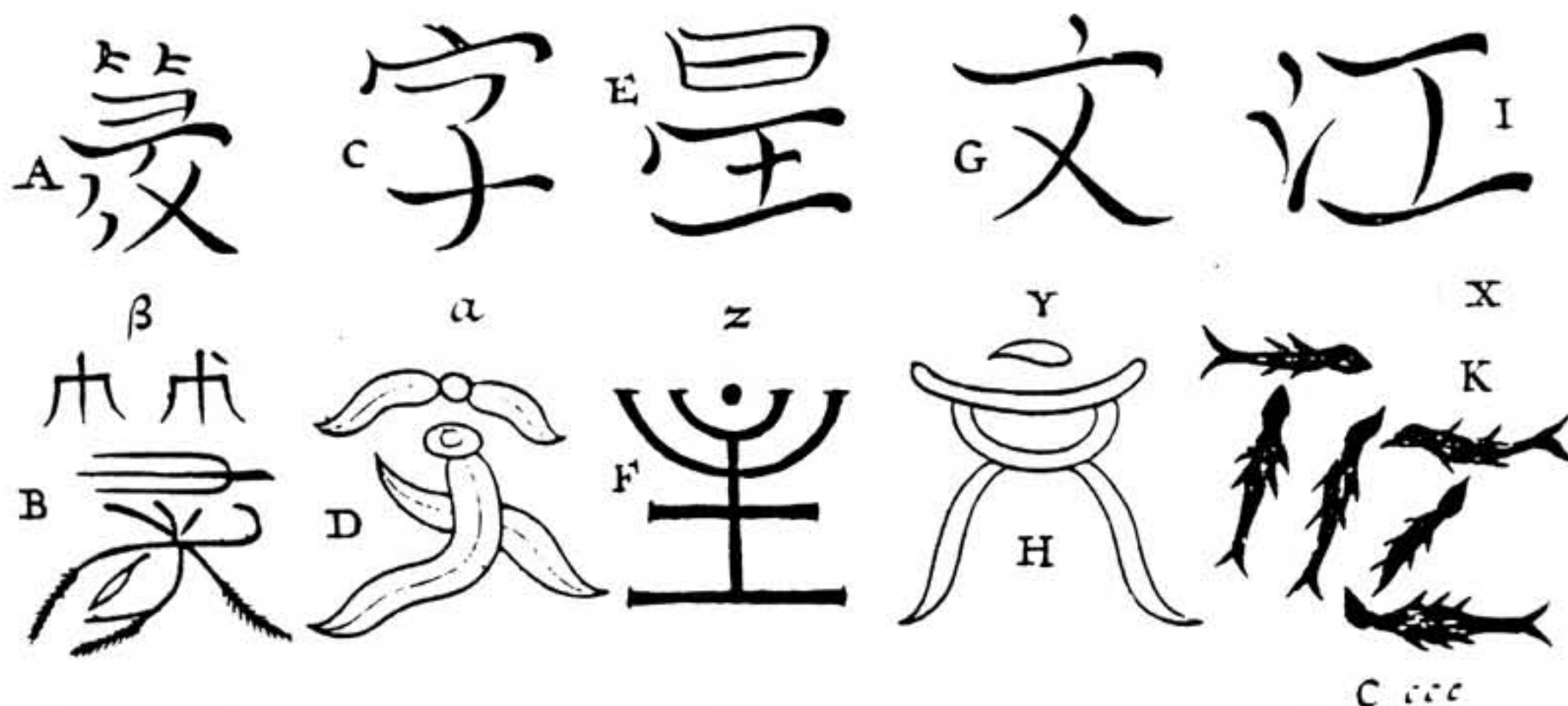
Otro de sus artificios es ocultar alguna parte de la composición por medio de árboles u otros objetos intermedios. Esto, naturalmente, excita la curiosidad del espectador moviéndole a mirar más de cerca; y entonces se ve sorprendido por alguna escena inesperada, o alguna representación totalmente opuesta a la que él esperaba ver. Ocultan siempre las terminaciones de los lagos, dejando así que trabaje la imaginación; y la misma regla observan en otras composiciones, allí donde es posible aplicarla.

Aunque los chinos no son muy versados en óptica, no obstante la experiencia les ha enseñado que los objetos parecen menores de tamaño, y más pálidos de color, en proporción a su mayor alejamiento del ojo del espectador. Estos descubrimientos han dado origen a un artificio que en ocasiones ponen en práctica. Es el de formar panoramas en perspectiva, introduciendo edificios, embarcaciones y otros objetos, reducidos a medida que se encuentran más distan-

tes del punto de vista; y para que el engaño sea aún más sorprendente, dan un tinte grisáceo a las partes alejadas de la composición, y plantan en las partes más remotas de estas escenas árboles de un color más diáfano y menor altura que aquellos que aparecen en el frente o primer término; haciendo por estos medios de lo que en realidad es insignificante y limitado, grande y formidable en apariencia.

Los chinos evitan por lo general las líneas rectas; sin embargo, no las desechan por completo. En ocasiones hacen avenidas, cuando tienen algún objeto de interés que exponer a la vista. Las carreteras las hacen siempre rectas, a menos que la irregularidad del suelo u otros impedimentos les procuren cuando menos un pretexto para hacerlo de otro modo. Donde el terreno es enteramente llano consideran absurdo hacer una carretera serpenteante, pues dicen que ha de ser o bien hecha con artificio o marcada por el paso constante de los viajeros; en cualquiera de estos dos casos no es natural suponer que los hombres elegirían una línea curva cuando podrían ir por una recta.

Lo que llamamos nosotros grupos de árboles no son desconocidos para los jardineros chinos; pero los utilizan con algo más de moderación que nosotros. Nunca llenan de grupos



WILLIAM CHAMBERS

toda una parte de terreno; ellos consideran una plantación como los pintores un cuadro, y agrupan sus árboles del mismo modo que éstos sus figuras, con sus masas principales y subordinadas.

Esto es lo sustancial de cuanto aprendí durante mi estancia en China, en parte por mi propia observación, pero principalmente de las lecciones de Lepqua; y de lo que se ha dicho aquí podría inferirse que el arte de arreglar terrenos a la manera

de los chinos es extremadamente difícil, y no podrá ser alcanzado por personas de mente estrecha. Pues aún siendo sencillos y evidentes sus preceptos, sin embargo el ponerlos en ejecución requiere genio, buen juicio y experiencia, una poderosa imaginación y un profundo conocimiento de la mente humana. Al no atenerse este método a una regla determinada, sino estar sujeto a tantas variaciones como diferentes disposiciones hay en las obras de la creación ■